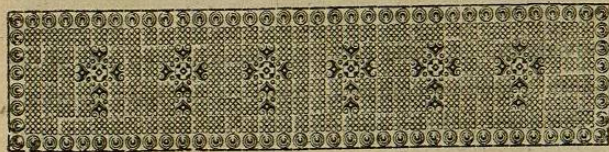


Vista de la ciudad de Ascalon



CAPÍTULO II.

ASCALON.

¡, PUEDE asimismo entrarse en la Judea por la pequeña ciudad de Ascalon conquistada en otro tiempo por Judas Macabeo, edificada á la orilla del mar, y no ménos considerable en la época de los judíos que la famosa Gaza cuyas puertas se llevó Samson. Los peregrinos han abandonado la antigua ciudad de los Filisteos desde que no les ofrece mas que un conjunto de ruinas; pero esas ruinas son preciosas á los ojos del sabio, y en ellas se notan en nuestros dias altas columnas de granito enviadas del palacio de Herodes, llamado el Ascalonita, á quien debe la ciudad los edificios que mas la adornaron. Admirase ademas un profundísimo algibe en el

cual puede bajarse á caballo por medio de un camino abovedado. A cada paso se encuentran en esta abrasadora y arenosa comarca, como en casi todo el oriente, inmensos trabajos emprendidos, y las mas minuciosas precauciones tomadas por los conquistadores del pais para proveer de agua, tan rara como necesaria, á los hombres y á los animales."

„En el siglo XII fué tomada Ascalon por Balduino IV; este, lleno de confianza en la santa cruz que hacia llevar delante de sí, atacó y ahuyentó con solo cuatrocientos hombres á veinte y seis mil ginetes del ejército beduino: el instrumento de nuestra salvacion, segun expresion de los cronistas, parecia elevarse hasta el cielo y cubrir con su sombra todo el horizonte."

„Al llegar los cruzados á Ascalon en 1192, dice Michaud, no encontraron mas que piedras amontonadas, pues Saladino habia mandado destruir la poblacion despues de haberlo consultado con los Cadís. Con sus propias manos trabajó en el derribo de las torres y de las mezquitas; y no obstante, un autor árabe, deplorando semejante catástrofe, nos dice que el mismo sultan se sentó y lloró sobre las ruinas de la esposa de Siria. El ejército reunido trató de reedificar la ciudad en una época en que todos los peregrinos estaban llenos de ardor y de celo. Los nobles como los plebeyos, los individuos del clero como los legos, los gefes como los soldados, trabajaban á una, pasándose de mano en mano las piedras y los escombros, miéntras que Ricardo corazon de Leon, que mandaba en gefe, los animaba, ora

trabajando con ellos, ora arengándoles, ora distribuyendo dinero á los pobres. Los cruzados, al modo como se nos representa á los judíos reconstruyendo el templo de Jerusalem, llevaban en una mano los instrumentos de albañilería y en la otra la espada. Tenian que estar alerta para rechazar las acometidas del enemigo, y aun algunos de ellos hacian frecuentes correrias en territorio de los sarracenos. En una de estas escursiones, Ricardo rescató con la espada mil doscientos prisioneros cristianos que ayudaron en sus trabajos á los cruzados. Pero no tardaron en oirse murmullos en el ejército, pues Leopoldo de Austria, acusado por el rey de Inglaterra de permanecer ocioso con sus alemanes, respondió que no era carpintero ni albañil. Muchos caballeros á quienes ocupaba asimismo en llevar piedras, se indignaron al fin contra Ricardo, diciendo en alta voz que no habian pasado al Asia para reconstruir un miserable pueblo, sino para conquistar la ciudad Santa, y el duque de Borgoña abandonó repentinamente el ejército, siguiéndole la mayor parte de los cruzados franceses. Para colmo de desgracias se renovaron las reyertas intestinas, que por tanto tiempo habian traído revueltos entre sí á los cruzados."

Oígase ahora una elocuente profecía de Jeremías contra Ascalon y otros lugares.

„Palabra que el Señor dijo á Jeremías profeta contra los philisteos, ántes que Pharaon se apoderase de Gaza."

„Esto dice el Señor Dios: Hé aquí que vienen aguas

ó tropas del Norte, á manera de un torrente que *todo lo inunda*, y cubrirán la tierra, y cuanto hay en ella, la ciudad y los habitantes: los hombres darán gritos, y aullarán todos los moradores de la tierra.”

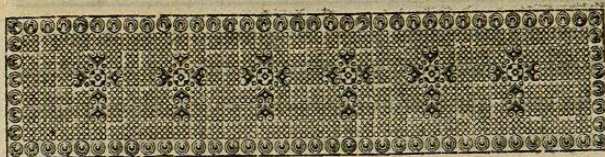
„Al *oir el estruendo pomposo* de las armas, y de los combatientes, y del movimiento de sus carros *armados*, y de la multitud de sus carruages: los padres, perdido todo el aliento, no cuidaban ya de mirar por sus hijos.”

„Porque ha llegado el día en que serán exterminados todos los filisteos, y serán arruinadas Tyro y Sidon, con todos sus auxiliares que le quedaban; pues el Señor ha entregado al saqueo los filisteos, restos de la isla ó *provincia marítima* de Cappadocia.”

„Gaza lleva rapada su cabeza, Ascalon no se atreve á desplegar sus labios, y lo mismo el resto de sus valles. ¿Hasta cuándo te sajarás ó *rasgarás tus carnes?*”

„Oh espada del Señor, ¿no descansarás tú nunca? Éntrate *otra vez* en tu vaina, mitiga ese ardor, y estate queda.”

„Mas ¿cómo estará ella quieta, cuando el Señor le ha dado sus órdenes contra Ascalon, y contra sus regiones marítimas, y le ha mandado que obre contra ellos?”



CAPÍTULO III.

RAMA.

AGUARDABA impaciente (sigue Chateaubriand á quien habíamos dejado por un rato) el instante de mi partida para Jerusalem. El día 3 de octubre á las cuatro de la tarde, mis criados se pusieron unos sacos hechos de pelo de cabras, que se fabrican en el Egipto superior, y semejantes en todo á los que llevan los beduinos, y yo me puse otro encima de mi vestido, y montamos en unos caballos que llevaban albardones por sillas, sirviéndonos unas sogas de estribos. El presidente del hospicio iba al frente como si fuese un hermano lego: un árabe casi en cueros nos servía de guía, y otro cuidaba del borricuelo donde iban los equipages. Salimos por la puer-

ta falsa del convento, y nos dirigimos á la de la ciudad que cae al mediodia, por entre las ruinas y escombros de las casas que fueron destruidas en los últimos sitios que padeció la ciudad. Llevábamos el camino por entre unos jardines, que en otro tiempo debian ser deliciosos, y que han alabado algunos viajeros modernos; pero han sido destruidos por los diferentes partidos que se han disputado las ruinas de Jafa. Sin embargo, aun quedan algunos granados, higueras de Faraon, limoneros, palmeras y bosquecillos de nopales, ó higueras chumbas y de manzanos, que tambien se cultivan en las cercanias de Gaza, y aun en el convento del monte Sinay.

Entramos en la llanura de Saron, cuya hermosura alaba la Sagrada Escritura. Cuando el padre Neret pasó por allí en abril de 1713, estaba cubierta de tulipanes, cuyos variados colores, dice, formaban una muy agradable vista. Las flores que cubren por la primavera estos célebres campos, son las rosas blancas y encarnadas, los narcisos, las anémonas, los lirios blancos y amarillos, los alelías, y una especie de siempreviva muy olorosa. Esta llanura se extiende por toda la costa del mar desde Gaza al mediodia hasta el monte Carmelo al norte: al levante la ciñen las montañas de Judea y de Samaria. No es igual en toda su extension, pues forma cuatro vegas separadas unas de otras por una cordillera de estériles rocas. El terreno viene á ser una arena finísima, ya blanca, ya rojiza, y sin embargo muy fértil; pero gracias al despotismo de los musulmanes, no produce mas que cardos y maleza, y solo se ven de cuando

en cuando algunos miserables plantíos de algodoneros, de cebada y de trigo. De grande en grande distancia se ven algunos lugarejos arruinados, y algunos olivares y bosquecillos de sicómoros. Al medio del camino, desde Jafa á Rama, se halla un pozo del que hablan todos los viajeros. Cerca de este pozo hay un olivar, que la tradicion del pais dice fué plantado en tiempo de Godofredo de Bouillon. Desde este parage se descubre la ciudad de Rama, ó Rámata, situada en un parage delicioso al fin de una de estas vegas. Antes de entrar en la ciudad nos apartamos del camino para ver una cisterna que fué edificada por la madre de Constantino (1). Se baja á ella por veinte y siete escalones: tiene treinta y tres piés de largo y treinta de ancho, y la sostienen veinte y cuatro arcos, entrándole las aguas por otras tantas bocas ó agujeros. Desde allí, y pasando por un bosquecillo de nopales, llegamos á la torre de los Cuarenta Mártires, que ahora es solo el minareto de una mezquita abandonada; pero ántes fué el campanario de un monasterio del que quedan aun muy hermosas ruinas, que consisten en especies de pórticos muy semejantes á los de las caballerizas de Mecenas en Tibur, hoy Tivoli. Dicese que S. José, la Virgen y el Niño se detuvieron aquí cuando la huida á Egipto; y en efecto seria un paisaje muy hermoso para copiado en un cuadro del descanso de la San-

(1) Si hemos de creer las tradiciones del pais, Santa Helena habrá edificado todos los monumentos de la Palestina, lo que no conviene con la mucha edad de esta princesa cuando hizo el viage á Jerusalem. Pero sin embargo, es cierto por el unánime testimonio de Eusebio, S. Gerónimo y todos los historiadores eclesiásticos, que Santa Helena contribuyó mucho á restablecer los Santos Lugares.

ta Familia, y muy semejante al admirable cuadro de Claudio el Lorenés, que está en el palacio Dória en Roma.

Sobre la puerta de la torre se lee una inscripcion árabe que copió Volney, y allí cerca hay una antigüedad milagrosa que describió Muratori. Despues de haber visto estas ruinas, pasamos cerca de un molino abandonado, que Mr. de Volney cita como el único que vió en Siria: pero en el dia hay muchos mas. Bajamos al pueblo de Rama y fuimos al hospicio de los religiosos de Tierra Santa, el cual habia sido saqueado y maltratado cinco años ántes: me enseñaron el sepulcro de un religioso que fué muerto en aquella ocasion. En fin, los padres habian logrado el permiso de hacer en él las reparaciones mas urgentes.

En Rama recibí muy buenas noticias, pues hallé allí al dragoman del convento de Jerusalem, que el guardian enviaba á mi encuentro; y al mismo tiempo el caudillo árabe, á quien los padres habian avisado, y que debia servirme de escolta, estaba aguardándome por aquellos campos, pues el agá de Rama no permitia á los beduinos que entrasen en la ciudad. La mas poderosa tribu de las montañas de Judea reside en la aldea de Jeremías, y abre ó cierra segun le place, el camino de Jerusalem á los peregrinos. El xeque de esta tribu hacia muy poco tiempo que habia muerto, dejando por tutor de su hijo Utman al tio de este Abou-Gosh, el cual tenia dos hermanos llamados Djiaber y Ibraim-Habd-el-Rouman, los cuales me acompañaron á mi vuelta

Se dispuso que yo partiria á media noche, y como aun era de dia, cenamos en el terrado del convento. Los monasterios de Tierra Santa se parecen á unas fortalezas macizas y aplastadas, y de ningun modo se semejan á los monasterios de Europa. Gozábamos de una hermosa vista desde aquellos terrados: las casas de Rama son unas chozas de tierra y yeso, que rematan en media naranja como la de una mezquita, ó el sepulcro de algun santón: parecen colocadas en un bosque de olivas, de higueras y de granados, y están en medio de grandes nopales de formas muy variadas y raras, desordenadamente amontonadas sus espinosas palas. De entre este confuso monton de árboles y casas se elevan en los aires las mas hermosas palmeras de Idumea. Principalmente habia en medio del patio del convento una tan corpulenta y hermosa, que no me cansaba de mirarla, pues se remontaba como una columna de mas de treinta piés de alto, desplegando luego con gracia sus encorbadas ramas, que cubrian los racimos de dátiles medio maduros y tan encarnados como un coral.

Rama es la antigua Arimathías, ó ("Arimatea") patria de aquel hombre justo que tuvo la dicha de dar sepultura á nuestro Señor. En Lod, Lidda, ó Dióspolis, que es una aldea á media legua de Rama, fué donde S. Pedro sanó á Enea el paralítico.

„Los peregrinos del occidente, que se dirigan á Jerusalem ántes de las cruzadas, pasaban frecuentemente por Rama, primera ciudad de la Palestina que cayó en poder de los cruzados. Al mirar las vastas y fértiles lla-

nuras que se extienden por los alrededores, recuerda uno las varias batallas que en ella se han dado. Allí fué donde en tiempo de Balduino I, rey de Jerusalem, perecieron con las armas en la mano, un duque de Borgoña y un conde de Blois, pudiendo apenas escapar como por milagro el mismo Balduino. El ejército de Ricardo, después de la batalla de Arsur, acampó dos veces en las llanuras de Rama; de este punto es de donde partía el rey de Inglaterra, ya para ir á sorprender las carabanas enemigas por el camino de Damasco, ya también para hacer algunas escursiones en las montañas de la Judea. Las tiendas de los cruzados franceses é ingleses cubrían todo el país: ¡cuántas bendiciones, cuántos cánticos de alegría resonaron en los campos de los alrededores cuando á esta nacion ambulante se le hablaba de Jerusalem! ¡Pero, cuántos gritos de desesperacion, cuántas quejas amargas y cuántas blasfemias, cuando el rigor de la estacion, la discordia de los gefes y los preparativos de Saladino impedían á los cruzados continuar su marcha hácia la ciudad Santa y les obligaban á acampar sobre las ruinas de Ascalon ó dentro las murallas de Jafa!"

„Rama, bien que situada en medio de un país fértil, parece pobre y miserable. La poblacion es de tres mil almas, la tercera parte compuesta de viajeros y armenios, con muy pocas familias católicas y cortísimo número de judíos. Divísanse todavía los restos de algunos sepulcros de cruzados. Cuando pasó el ejército frances por Siria, el convento Latino albergó el estado mayor de Bonaparte, y la iglesia de Rama sirvió de

hospital para los heridos. Varios soldados muertos en él fueron sepultados entre los antiguos sepulcros de los caballeros de la cruz."

„La llanura de Saron alabada en la Escritura, y que debe atravesarse para ir á Jerusalem, es celebrada por sus flores. Con razon ha dicho un gran poeta: „Bien así como se escoge una rosa de entre las guirnaldas de Saron."

„Al ver los muchos rebaños de toda especie que cubren la llanura, recuerda uno la vida pastoral de Abraham, de Loth y de Jacob. En esta llanura fué donde Sanson quemó los trigos de los Filisteos, atando en las colas de las zorras pequeños manojos de paja inflamada: la multitud de esos animales en la comarca explica bien semejante astucia de guerra."

„Después de haber dejado atrás los pueblos de Amoot, de Latroum y de Derion, donde los árabes exigen un tributo, se entra en un estrecho valle llamado Ouad-Ali, sembrado de precipicios y de rocas estériles. Las montañas que se levantan á derecha é izquierda son desiertos de un aspecto salvaje. Las cumbres y las vertientes están cubiertas de arbustos y verdosas plantas, mas no se descubren fuentes ni cascadas. Allí es donde los árabes se emboscan frecuentemente en cavernas esperando las carabanas sedientos de pillage. Lo mas que puede uno esperar en semejante país es no encontrar á nadie; en muchos puntos el camino es casi intransitable; la senda que se sigue la han abierto los torrentes que arrastran continuamente enormes piedras y

arena, abriendo anchísimas grietas. El aspecto de esos caminos y montañas que los rodean entristece á los viajeros recordándoles la profecía que ciertamente se ha realizado: „el mismo extranjero que vendrá de lejos, quedará asombrado á vista de la miseria del pais."



CAPÍTULO IV.

ALDEAS DEL BUEN LADRON Y DE SAN JEREMIAS.

SALIMOS de Rama el 4 de octubre á media noche, y el padre presidente nos llevó por caminos extraviados al parage adonde nos aguardaba Abou-Gosh, y luego se volvió á su convento. Nuestra tropa se componia de este caudillo árabe, del dragoman de Jerusalem, de mis dos criados y del beduino de Jafa, que cuidaba del equipage. Nosotros llevábamos siempre el traje de unos pobres peregrinos, pero íbamos bien armados debajo de nuestras miserables ropas. Despues de haber andado como una hora por un terreno desigual, llegamos á varias ruinas que se hallan en lo mas alto de unas rocas, y como otra hora despues comenzamos á entrar en las